



## Ramón Pérez de Ayala (1880-1962)

La obra lírica de Ramón Pérez de Ayala no es especialmente extensa. La conforman tres volúmenes, que utilizan significativamente la imagen del sendero (tan propia de Berceo y de Dante) en los títulos: *La paz del sendero* (1904), *El sendero innumerable* (1916) y *El sendero andante* (1921). Los poemas de temática medieval de sus dos primeros libros fueron recopilados en el primer volumen de esta antología y remitimos a esas páginas para más información al respecto. En cuanto a las composiciones de *El sendero andante*, Pérez de Ayala abre el libro a partir de una marcada intertextualidad con las *Coplas a la muerte de su padre*, de Jorge Manrique, a partir de la relación vida-río. «Los ojos de Mireya», por su parte, es un poema amoroso que alude a Clemencia Isaura (creadora de los Juegos Florales de Toulouse en el siglo XV) y a Petrarca (directamente y a partir de Laura), todos ellos referentes de la poesía amorosa medieval. Finalmente, el «Romance de la catedral y el periódico» es un extenso poema reflexivo sobre el trabajo periodístico en el que Pérez de Ayala (periodista de profesión) establece una extraña comparación entre un diario y una catedral (detalle este último, evidentemente, en el que encontramos alguna reminiscencia a la Edad Media).

### El sendero andante

El río es un camino que anda  
PASCAL

He ahí la vida: ese río. Y esos versos:  
ondas, remansos, espumas, modos, momentos...  
Ese río, agua de antaño, ya pasada;  
y en el mismo cauce otra agua<sup>50</sup>.

Nace el río desde las canas sienes  
de las montañas eminentes.  
(Poned a buena cuenta

50. Intertextualidad con las *Coplas a la muerte de su padre* de Jorge Manrique.

que son los ríos como las ideas.)  
Eso son las aguas del río:  
nieve que el sol ha derretido.  
Mas, ¿cómo se formó el blanco nevero?  
La blanca nieve descendió del cielo.  
Del cielo descendió la fría nieve;  
y desde el cielo la derrite el sol ardiente.  
¿Y cómo se hizo el monte, encumbrado y señero?  
Un fuego oculto empujó la tierra hasta el cielo.  
Y si los manaderos de ese río se alumbran  
de las entrañas de la tierra dura  
(otras veces, sabedlo,  
son los ríos como los sentimientos),  
el caudal hinchén y robustecen  
las aguas de las cumbres que caen por las vertientes.

¡Cómo fluye y corre y canta el río!  
Y él piensa que se mueve a su arbitrio...  
Ahora es como una lanza, firme y derecho.  
Ahora se dobla como hoja de acero.  
Ahora quiere arrojarse en correría.  
Ahora quiere abrazar la cadera de la colina.  
Piensa que hace lo que quiere.  
¿Y qué hace? Obedece.  
Obedece, sin sospecharlo, a los caprichos del terreno,  
y a la ley de la tierra y del cielo,  
que le envían a hundir su caudal  
en la ancha sima de la muerte: el mar.  
Y así corre el sendero andante  
desde la paz del sendero hasta el sendero innumerable.

Bueno, ¿y qué? El río vive, ríe, gime, pasa.  
Es siempre el mismo y siempre está en mudanza:  
azul, gris, sonrosado, negro,  
agua pura, y acaso algo de cieno.  
Ahora se arroba en un remanso; sueña,  
y en su seno espiritualiza la imagen de la realidad externa.

Ahora llora en la soledad y la noche;  
y nadie lo ve ni lo oye.

Ahora es torrente de entusiasmo;  
y su voz suena a ditirambo.  
Ahora se reconcentra en su éxodo,  
y es profundo, misterioso y hermético.  
Ahora se extiende y desparrama,  
y acrece la cosecha de mañana.  
Ahora un brazo desde el torso desvía  
y trabaja en una turbina.  
Ahora hace estrago y asuela.  
Ahora es manso y de lácteo vellón, como cordera.  
Ahora es dócil y de paciente espalda,  
como doméstica bestia de carga,  
y en lanchones, semejantes a cuévanos,  
conduce a lomos aceite y vino, trigo y centeno.  
Ahora adorna un jardín aristocrático,  
joya en el surtidor, seda en el lago;  
un coro de rosales le ponen cerco;  
súrcanlo un cisne blanco y un cisne negro.  
Ahora escapa del ritmo y de la rima,  
y huye hacia la lontananza esquiva.  
Ahora se arrastra sobre lecho de piedras.  
Ahora resbala por la fina y movediza arena.  
Ahora se baña en él un rayo de luna.  
Ahora, una mujer desnuda.  
Siempre monótono, siempre nuevo.  
Como prosa abundosa, encauzado como el verso.

Sobre las aguas fugitivas  
flota, en el alba, niebla argentina.  
Las aguas, siempre las mismas, siempre diversas,  
son para todos.

Beban de él hombres y bestias.

(en *El sendero andante*, 1921;  
extraído de *Poesías completas*, 1951, pp. 80-81)

### **Los ojos de Mireya**

Mistral, vástago verde del abuelo  
que no veía, de la siciliana

zampoña tañedor, hijo de un cielo  
revestido de luz grecorromana,

donde un eco de liras, del remoto  
antaño, va en alondras convertido,  
y en la mujer es la pupila un loto,  
por la olvidanza, o como el vino hervido;

aquel vino entusiasta de Castel,  
vino real, imperial, pontifical,  
que en tus labios vertió brasas y miel  
y eterna hizo tal vez tu voz, Mistral.

Dinos, Mistral: ¿es cierto que has mirado  
los ojos de Mireya, raro y noble  
color, tan humildoso y remansado  
como el río que duerme al pie del roble?

Nos dices que eran negros, y tan suaves  
como el casto rocío matinal.  
Negros... Quizás dos diamantinas llaves  
temblando del misterio en el umbral.

¿Por qué no fueron verdes? Tal la hierba  
que, entre el bosque, es frescura ensombrecida.  
Así fueron los ojos de Minerva,  
y el agua que se ve, como dormida,

y desnuda, en el límpido recato  
de la esquiveza umbrátil de Valclusa,  
donde a Petrarca dio su beso Erato<sup>51</sup>,  
la más tierna y la más cándida Musa,

cuando gemía de la dulce Laura<sup>52</sup>  
entre la red de amor, manso cautivo.

---

51. En la mitología griega, Erato es la musa de la poesía.

52. Laura fue la mujer que Petrarca idealizaría como musa en muchas de sus composiciones. Es muy probable que fuera Laure de Noves, una noble provenzal esposa del marqués Hugo de Sade. Este interpretación, sin embargo, no está totalmente aceptada y parte de la crítica sigue afirmando que nunca existió y que Laura es tan solo una invención poética de Petrarca.

Verdes, como los de Clemencia Isaura<sup>53</sup>.  
Verdes, como la rama del olivo.

Verdes, como las ágiles goletas  
que a Marsella llegaban, de países  
fabulosos, surcando las inquietas  
sonrisas del antiguo mar de Ulises<sup>54</sup>.

Y que, cuando el arquero en la sedeña  
sien de Mireya hundió dardos fatales,  
en sus ojos quedara una risueña  
lumbre y dos esmeraldas inmortales.

(en *El sendero andante*, 1921;  
extraído de *Poesías completas*, 1951, pp. 80-81)

### **La prensa (fragmento «Romance de la catedral y el periódico»)<sup>55</sup>**

Ves de la catedral la empedernida,  
confusa mole, cuyo aspecto espanta;  
pináculos sin cuento; temblorosas,  
eréctiles pirámides de llama,  
que al paso de un gran soplo de misterio  
hubieron de quedar petrificadas;  
los botareles frágiles, suspensos  
en el aire por obra de la gracia;  
la torre mazorral y transparente,  
grave y leve, maciza y cincelada,  
que una legión de diablos de granito,  
junto con muchedumbre de alimañas  
y lujuriosas flores de pecado,  
desde el cimientto hasta la cruz escalan,  
luchando en vano por apoderarse  
de la cruz, como niños en cucaña,

53. Dama descendiente de los antiguos condes de Toulouse que fundó los Juegos Florales de esta ciudad en el siglo XV.

54. El puerto de Marsella ha sido desde hace siglos uno de los principales del Mediterráneo. A él llegaban buena parte de los barcos que partían de Oriente y de África.

55. Pérez de Ayala fue periodista de profesión. Escribió en numerosos diarios a lo largo de su vida profesional. Es esta, quizás, una de las razones que puedan explicar la reflexión sobre el periodismo y la comparación de los diarios con las catedrales que orilla el autor en este poema.

en tanto de la estéril competencia  
con su boca monstruosa ríen las gárgolas,  
y del tiempo perdido llevan cuenta  
en su nido altanero las campanas;  
los portales cuajados de hornacinas,  
de doseletes, ménsulas y estatuas  
que representan bienaventurados,  
evangelistas, mártires y papas,  
vírgenes, ermitaños y doctores  
con vestiduras pétreas y hieráticas;  
la crestería de prolijo encaje;  
las gloriosas vidrieras emplomadas,  
donde han cuajado milagrosamente  
las formas y la luz paradisíacas.  
Entras luego en las naves. Según pisas,  
un eco sordo y vago se levanta,  
cual si en las oquedades de la bóveda  
un enjambre de sombras despertara.  
Columbras, a través de la penumbra,  
áureos altares y marmóreas aras;  
las trompetas del órgano, que a veces  
voces apocalípticas derraman,  
y otras veces, con candidez de coros  
y celestes dominaciones, cantan;  
el pulpito barroco, como concha  
que atesora una perla, la palabra  
del Espíritu Santo; los retablos  
alabastrinos, de policromadas  
figuras; y la lengua inmarcesible  
que, en místico deliquio, arde en la lámpara  
del sagrario; la sillería del coro,  
de rico leño y minuciosa talla.  
Todo en redor lo observas y escudriñas.  
Un pasmo se apodera de tu alma.  
Acaso te interrogas, ¿cómo pudo  
enderezarse esta arrogante fábrica?  
¿Quién los hierros forjó? ¿Quién la madera  
talló? ¿Quién cinceló el oro y la plata?  
¿Quién labró tanta piedra? ¡Oh, cuántas vidas

anónimas han sido aquí gastadas,  
[cuánto incógnito artista, que a la obra  
por entero se dio, sin dejar traza  
de su persona, sin firmar su nombre  
en un rincón de la pieza labrada,  
en la cual nos legó de aquellos días  
la existencia cabal: la indumentaria  
del pueblo y de los nobles; las costumbres,  
los solaces, las fiestas y las danzas;  
las labores plebeyas de los gremios;  
el belicoso ardor de las mesnadas;  
el tono y aparato de la corte;  
los usos de las órdenes monásticas;  
tan pronto con un lírico entusiasmo  
como con libre y desenvuelta sátira;  
lo mismo que hoy la vida se refleja  
en las hojas periódicas y diarias!  
Porque eso fue la catedral de antaño:  
periódico de piedra y argamasa.  
Y, recíprocamente, es el periódico  
catedral de papel contemporánea,  
mole que por esfuerzo innumerable  
de anónimos obreros cotidianamente  
se erige, con su torre prócer,  
sus diablejos burlados, sus campanas,  
sus arcos y columnas escultóricos,  
sus altares, su pulpito y sus aras,  
sus vidrieras floridas, sus trompetas  
de órgano –las trompas de la fama–,  
con su hermético y fuerte tabernáculo  
y a su vera la inmarcesible lámpara,  
con sus orfebrerías, sus joyeles,  
sus alabastros, pórfidos y ágatas.  
Por un encantamiento se construye  
y se derrumba. Y no es cuento de hadas.  
Cada renglón y cada gacetilla,  
cada rótulo y cada telegrama  
no es de otra suerte que una pieza artística  
por una mano incógnita labrada.

¡Cuánto talento oscuro y consumido,  
fe desprendida y voluntad arcana!  
¡Qué íntima admiración te inspiraría  
la hoja impresa, si lo consideraras!...

(en *El sendero andante*, 1921;  
extraído de *Poesías completas*, 1951, pp. 110-112)